

NOTAS EN TORNO AL PROBLEMA DE AMERICA

POR

JOSE M.^a GONZALEZ-ESTEFANI

IDEA DE AMÉRICA.

INTENTAMOS comprender cuál sea la Idea de América. Todos estamos acordados en considerar la idea como una clara iluminación de nuestro entendimiento, que nos permite hacer frente a la realidad agresiva del mundo exterior. Mediante la idea puede el hombre conducirse, ordenar y explicar, con mayor o menor intensidad iluminativa, la complejidad siempre creciente de su vida en torno. Empero, una clara distinción salta a la vista. La idea que hasta ahora se nos ofrecía como reflejo de la realidad, puede también erigirse en norma y paradigma de esa misma realidad. Así podemos vislumbrar dos categorías de ideas. Unas ideas-proyecto, anteriores a toda experiencia directa, surgen como modelos ideales, y en honda efervescencia creadora, en la mente de su autor, pretendiendo dirigir y conformar el mundo externo a su imagen y semejanza. Otras, obtenidas tras un laborioso bucear en la realidad circundante, no hacen sino darnos la copia exacta o, al menos, los contornos esenciales del objeto propuesto a nuestra mente.

IDEA EJEMPLAR E IDEA REAL.

Llamaremos idea ejemplar, pues, al modelo mental, al arquetipo según el cual el hombre intenta plasmar la realidad externa de su mundo. En términos escolásticos, denominaremos a tal idea causa ejemplar.

La idea real, por el contrario, no es sino la fotografía de la realidad, la expresión exacta de su esencia, de su esencia no arquetípica, sino existente

con todas sus limitaciones y posibles desvíos de aquella otra realidad más pura y alta que hemos venido en llamar idea ejemplar, punto constante de referencia y última instancia a que apelan las cosas de este mundo en su denodado esfuerzo de perfección.

En el orden de la naturaleza, las cosas, no obstante sus indudables imperfecciones, son siempre alusión constante a la idea primera que les dió el ser. Hay una continua llamada, una insistente referencia a las fuentes originarias del Entendimiento. Conviértese el hombre en el mudo destinatario de estas voces, que la creación entera y sus propias creaciones individuales le emiten de continuo. En el orden de las cosas creadas se da, pues, siempre una más o menos perfecta coexistencia entre la idea ejemplar generadora y la idea real obtenida. No acontece lo mismo en el orden del Espíritu, de la Libertad; concretamente, viniendo a nuestro caso, en el orden histórico. Aquí no siempre se encuentra coexistiendo la idea ejemplar con la idea real. No se da esa perfecta adecuación, por cuanto existe un factor capaz de impedir la o, al menos, perturbarla. En ocasiones, la idea real se nos manifiesta como negación de la idea ejemplar y en clara contradicción con ella.

METAFÍSICA DE LA HISTORIA.

Los supuestos establecidos nos llevan a una afirmación tajante y precisa: Existe una auténtica Metafísica de la Historia. No puede explicarse la Historia desde la Historia misma. Es necesario dar el salto a lo trascendente. Buscar una última y superior instancia que vertebre y dé sentido a la marcha epidérmicamente disímil del acontecer humano. Ni Rickert ni Dilthey en nuestro tiempo tuvieron valor para acometer tamaña empresa. Menos aún aquellos más cercanos a nosotros, para quienes la Historia es pura y absoluta temporalidad.

Dentro de una metafísica de la Historia, cabe preguntar si las entidades históricas son algo más que una mera suma de acontecimientos colectivos e individuales fijados en las dos coordenadas del tiempo y del espacio. La respuesta es afirmativa. Las entidades históricas perviven no a la manera ingenua de los *volksgeister* o espíritus nacionales del Romanticismo, pero sí en cuanto que toda entidad histórica responde o debe responder a una idea ejemplar previa a toda posible realización concreta y radicante por modo singular en la mente divina.

Las ideas ejemplares de las entidades históricas se proyectan en el tiempo. Son esencialmente dinámicas. Patentizan—una vez aprehendidas—su modo peculiar de precipitación histórica en cada instante del existir temporal. De aquí que, en definitiva, vengan a identificarse con el Destino, el quehacer, la misión. Misión, quehacer o destinos que, como espuela de gaucho, azuza la vida de los pueblos, por la pampa ilimitada del espacio, bajo la noche clara de sucesivos cielos históricos hacia el logro de una ascendente y gozosa plenitud. Empero, las ideas ejemplares no siempre pueden conocerse. Acaso la conjetura sea el único modo eficaz de percibir su entraña. Prescindamos, pues, por principio de intentar captar cuál sea la idea ejemplar de América en cuanto entidad histórica. Nos contentaremos con su idea real. Pero las ideas

reales hay que estudiarlas y comprenderlas dinámicamente. No es suficiente comprender los elementos integradores de América. Hay que estudiar también el proceso formativo de dichos elementos, la génesis viva y atrayente de cuanto la América actual puede ofrecernos en su lúcida realidad inmediata.

Mas quede como advertencia que no develaríamos el posible sentido de América si no la intuyésemos a ésta en relación profunda y permanente con el entero proceso de la Historia Universal. La Historia es Universal—dejando aparte la universalidad de su sujeto—porque su meta última es el logro amoroso de una síntesis unificadora y perfectiva. No importan las posibles y eventuales separaciones. Por encima de la aparente diversidad de las culturas—a veces coincidentes tan sólo en la lógica del tiempo—se cierne una superior y última instancia, que unifica y da sentido a la marcha aparentemente confusa del devenir histórico. Para los ojos sagaces, hambrientos de armonía, que van más allá de las engañosas apariencias, se revela en maravillosa intuición la profunda unidad subyacente del acontecer humano.

IDEA REAL DE AMÉRICA.

Hemos renunciado a captar por ahora la idea ejemplar de América. No hablaremos en un principio de su posible misión, que se identifica con aquélla. Posteriormente, y una vez conseguida la idea real, podremos remontarnos al mundo de las esencias arquetípicas. Una consecuencia, empero, se desprende de la imagen real obtenida: la problematicidad intrínseca del mundo americano. A ello teníamos que llegar. Toda entidad histórica es un problema vivo. Un problema en cada instante de su realización temporal. Pedro Laín ha puesto bien de manifiesto este carácter problemático. Las entidades históricas avanzan por el ancho campo de la Historia Universal en hípico y deportivo certamen. En cada obstáculo superado han puesto en riesgo su propia razón de ser y permanencia.

Cuando hablamos de los problemas de América no nos referimos a la problematicidad del ser histórico de América. Sin embargo, es esta problematicidad la que realmente nos interesa. Vivir, digámoslo con frase zubiriana, es sinónimo de «estar en». Los problemas actuales de América, cualquiera que sea su índole, requieren una última plataforma fundamental y sustentante, que convierta a esos problemas en típicamente americanos, condicionándolos de algún modo. Esa definitiva instancia es el objeto de nuestro estudio, es decir, el ser histórico pleno de riqueza morfológica y de interior potencia, de eso grande y hermoso que hemos dado en llamar el Nuevo Continente.

Ahora bien: el problema de América se identifica claramente con el problema de la Cultura americana, teniendo buen cuidado de precisar qué cosa entendemos por Cultura. Porque no se trata aquí de acotar una determinada esfera, la del saber ideológico. «Cultura—ha dicho Max Scheler—es una categoría del ser, no del saber o del sentir.» «No una región del mundo en cuanto objeto del saber, de la cultura que el sujeto—aquí, en este caso, una entidad histórica—posea, o como resistencia a su trabajo y acción, sino un mundo integral, donde en estructurada construcción se reproducen todas las ideas y valores esenciales de las cosas, todas esas esencias que el gran universo real, uno y absoluto, realiza según un régimen de accidentalidad nunca plenamente

cognoscible por el hombre. Ese «universo», resumiéndose y resumido en un individuo humano—aquí individuo histórico—, es el mundo cultural» (1).

OPERACIONES PRELIMINARES.

Queremos introducirnos con pulso firme y voluntad inquisitiva en esa realidad americana. Nos tendremos que contentar con describir el cuerpo del paciente.

¿Qué vemos a primera vista en el Continente americano?

- I. Una innegable realidad geográfica, telúrica, que influye y condiciona el ser histórico de América.
- II. Un hombre americano radicado en esa realidad geográfica, que aparece ante nuestros ojos no como un producto homogéneo y sintético, sino como un ser distinto y cambiante según su circunstancia.
- III. Dos hechos culturales perfectamente diferenciados, lo que se ha venido en denominar: Fenómeno puritano y fenómeno hispánico.
- IV. Un tercer elemento cultural (entendiendo la palabra cultura en su más amplio sentido) que viene a interferirse entre los dos hechos culturales anteriormente reseñados, coloreándolos e influyendo decisivamente en el cuadro de posibilidades de la actual América: Mundo indígena y mundo negro (2).

Todos los elementos reseñados se nos dan en un presente concreto. No bastará estudiarlos estáticamente. Habrá que examinar el proceso evolutivo, la génesis histórica y científica de su formación. No es mi intento hacerlo. Estas breves notas quieren tan sólo indicar el camino. Pero esto no obsta para establecer algunas consideraciones sobre ellos.

AMÉRICA EN SU SER FÍSICO: LO TELÚRICO.

Este primer elemento se nos impone. Nos abrumba con su potencia. Nos llena casi de angustia física. Se presenta ante nuestros ojos como castillo roquero centrado entre dos mares. Para Hegel, América es eso: pura geografía, naturaleza palpitante. No la instala en la Historia porque la Historia supone actividad del Espíritu que empieza a conocerse. La prehistoria es para el radicalismo de Hegel el lugar adecuado del Nuevo Continente, del nuevo mundo, que en su decir no es sólo relativamente nuevo, sino en absoluto, incluso en su constitución física y política. Hegel, al afirmar esto, no se refiere tan sólo a las culturas precolombinas. La América de su tiempo sigue siendo también prehistoria, preámbulo de un hipotético porvenir para el cual Hegel se declara manifiestamente ciego, pues su presente le parece el último estadio del Espíritu en su autoconocimiento, la síntesis luminosa de todo el pasado, la era clara y abierta de la razón (3).

(1) Max Scheler: «El saber y la cultura». *Revista de Occidente*. Madrid, 1926, págs. 23 y 24.

(2) Véase mi artículo «América como problema». *Rev. universitaria La Hora*. 1949-50.

(3) Véase Ortega y Gasset: *Hegel y América*, Tomo VII de «El Espectador». *Revista de Occidente*. 1921.

Nosotros no podemos compartir las radicales afirmaciones de Hegel. América es algo más que oscura geografía, cultura natural carente de valores históricos. Sin embargo, América está ahí con sus pampas y sus ríos, sus selvas alucinantes y su orografía imperial, dictándonos un mensaje manifiesto que hay que recoger con ardoroso cuidado. Todos aquellos que se han propuesto el tema americano como objeto de meditación coinciden en valorar, con más o menos exactitud, el influjo decisivo de los elementos naturales. En la pasada centuria, y a causa de las corrientes positivistas, llegó a supervalorarse este determinismo geográfico. Tal el caso de Sarmiento, que rotula así el capítulo primero de *Facundo*: «Aspecto físico de la República Argentina y caracteres, hábitos e ideas que engendra.» Para Sarmiento el gaucho será la encarnación de los valores telúricos. Y hasta la poesía una escuela lógica del terreno. «Existe—dice—, pues, un fondo de poesía que nace de los accidentes naturales del país y de las costumbres excepcionales que engendra» (1).

Kayserling ha hecho de lo telúrico la raíz fundamental de una interpretación americana. En sus meditaciones sudamericanas nos dice que el sudamericano es total y absolutamente hombre telúrico. Encarna el polo opuesto al hombre condicionado y traspasado por el espíritu» (2).

Eduardo Mallea arremete colérico contra el filósofo báltico. Para él todas esas manifestaciones naturales no son seres deformes, obsesivos, sino criaturas que cumplen en un universo su discreta función de amor. Empero, él mismo, culto y europeizado, nos describe de un modo insuperable su primer contacto con la tierra, «la tierra desnuda, la tierra nuestra, la inmensa vastedad limpia y austera, la argentina llanura» (3).

Este sentimiento vernáculo, esta llamada potente de la naturaleza, se deja percibir de un modo singular en la expresión literaria de la América joven. El alma «sentimental, sensible y sensitiva», como diría Rubén del escritor sudamericano, sabe recoger las vibraciones que un medio exuberante y prodigioso allega de continuo hasta su pluma. Alcides Arguedas, Jorge Icaza, César Uribe Piedrahita, José Eustasio Ribera, Rómulo Gallegos nos dan en sus novelas versiones insospechadas de ese mundo vegetativo y agobiante, multiforme y enigmático. El último de los citados por vía de ejemplo nos ofrece en *Canaima* un símbolo de este poder tiránico que el medio ejerce. El protagonista de la novela, Marcos Vargas, llega a sentir un día la extraña sensación de ser un árbol más en el monótono conjunto de la selva. Un proceso de maderificación parece acometerle. Como si echara raíces, se siente en un instante sujeto al encanto de la materia desnuda, a las formas elementales del ser.

Concretemos: Por los testimonios aducidos y muchos más que pudieran presentarse, la realidad geográfica de América se nos presenta como un factor de extraordinaria importancia. Este clima telúrico origina en mi opinión dos actitudes, dos formas de vida fundamentalmente distintas. Una, la que ante la realidad opresiva del medio se rebela y pretende dominarla. Otra, la que acepta pasiva y resignadamente esta diaria conformación, esta como horma ambiental del Espíritu. La actitud primera es la actitud heroica. Parte del principio de la diferenciación. No quiere confundirse, perderse sin más en el

(1) Domingo F. Sarmiento: *Facundo*. La Cultura Argentina. Buenos Aires, 1915.

(2) Kayserling: *Meditaciones sudamericanas*. Madrid, Espasa Calpe, 1933.

(3) Eduardo Mallea: *Historia de una pasión argentina*. Colección Austral.

cósmico sentimiento de un espacio sin riberas. La segunda, por el contrario, se encuentra originalmente mezclada con las manifestaciones elementales del ser. Nunca llegará a romper el cordón umbilical que la une a la tierra, con lo misterioso, lo impalpable. No podemos sacar aquí todas las consecuencias de este aserto. Ni queremos tampoco anatematizar dogmáticamente una u otra de las dos actitudes. Sin duda que el panteísmo, la resignación y la pasividad caen más bien del lado indígena. Mientras que el espíritu de lucha, el coraje y la decisión se dan de singular modo en el europeo que arriba al continente, ya sea conquistador o emigrante. Pero esto no obsta para reconocer en aquella actitud primera, aparentemente infecunda, valores inéditos históricamente que es necesario descubrir. Acaso Estados Unidos presente hoy por hoy un mayor porcentaje de elementos afirmativos. Claro que Sudamérica, con sus valores inéditos, no está lejos de esta fuerza de afirmación. El gaucho, el pampero de los llanos pueden ser símbolos, si bien imperfectos y en forma primaria, de esta voluntad de dominio, de esta actitud independiente frente a la naturaleza agresiva.

EL HOMBRE AMERICANO.

Como antes dijimos, se presenta a nuestros ojos no como un producto homogéneo y sintético, sino como un ser distinto y cambiante, según su circunstancia. No existe una unidad en el hombre americano. No hay una base étnica única y tampoco un común denominador espiritual que pueda definirlo. Coexisten, sí, grandes parcelas de humanidad que al entrar en contacto originan una gama variadísima de tipos singulares. No vamos a entrar aquí en la detallada descripción de cada uno de esos tipos. El hombre americano como categoría abstracta acaso pueda definirse por su inmadurez anímica, por su falta de equilibrio interno, por su carencia de rigor, predominio de la sensibilidad y una ingenua concepción del mundo y de las cosas.

Dijimos antes que en la actitud pasiva ante la naturaleza se escondían valores inéditos que era necesario rescatar. Pues bien; es precisamente en el hombre indígena donde estos valores se concretan y definen. Julio Icaza Tigerino ha visto agudamente esta cuestión cuando contrapone al hombre europeo faústico», como lo llama Spengler, en el que la fuerza psíquica dominante es una voluntad de saber y poder, al hombre autóctono de América, cuya fuerza psíquica primitiva es «una tendencia elemental de integración en el cosmos, en el universo» (1). La «revalorización de la materia» constituye, al decir de Julio Icaza, la más importante aportación original de la humanidad americana a la cultura de Occidente, la cual, en un proceso de racionalización progresiva, ha perdido la frescura de la elementalidad, el contacto directo—y no mediante abstractas fórmulas—con las cosas todas de la creación.

DOS MUNDOS CULTURALES.

Pasemos a estudiar el tercer elemento de nuestra visión americana.

Dije que se daban en América dos hechos culturales perfectamente diferenciados: El fenómeno puritano y el fenómeno hispánico. La presencia his-

(1) Julio Icaza Tigerino: *La originalidad cultural de Hispanoamérica*. Revista universitaria «La Hora». 1948.

tórica de estos dos hechos culturales perfectamente diferenciados plantea un problema previo: el de si estos dos lóbulos continentales por su específica diversidad logran romper la unidad entitativa de América. La respuesta es negativa. Es verdad que los contenidos culturales son harto diferentes. Pero por debajo de esta hendidura cultural se intuye la realidad americana como común soporte ontológico de uno y otro fenómeno. Empero, la contraposición es tan patente que todos los espíritus reflexivos no han podido menos de registrarla. Ya Hegel se plantea tan fundamental distinción, «Hegel—dice Ortega—padece una especie de patriotismo protestante y detestaba el catolicismo. Por esta razón dedica a los Estados libres del Norte su mejor benevolencia y describe con poca simpatía las naciones católicas del Sur» (1). Nos interesa la posición hegeliana en cuanto que distingue claramente estos dos ámbitos culturales. Waldo Frank diferencia también estos dos mundos, pero pretende asentar su unidad sobre un hipotético ideal americano. Con una ingenuidad muy americana, Waldo Frank intenta convencernos de que el orden católico medieval había ya gloriosamente fenecido a la hora del descubrimiento. En consecuencia, el mundo cultural hispánico aparece a la misma altura y en el mismo plano que el mundo anglosajón. Carentes ambos de una cultura específicamente propia, habrán de aunar sus esfuerzos en la búsqueda de un mundo nuevo que supere al caos presente.

No se le pueden reprochar a Waldo Frank sus afanes constructivos. Lo que no se puede admitir es su alegre y despreocupada liquidación del pasado.

Eduardo Mallea ha entrevisto más sagazmente el abismo espiritual que separa a ambos mundos. «Por mucho que se insista se insiste todavía poco en el fenómeno puritano y todavía poco en el fenómeno hispánico. Los dos focos antagónicos, los dos cruciales antípodas de América, porque no se avanza un paso en nuestro destino sin haber sentido cruelmente en propia carne la contraposición de las dos células que se combaten, que se desangran y se rechazan en el encuentro de lo esencialmente moral con lo esencialmente espiritual.»

El arielismo de Rodó—si bien en el plano de los valores estéticos—no es sino una prueba más de esta autoconciencia de diferenciación. No es, como pretende Alberto Zum Felde, una posición anticuada que fué verdad en su hora (2).

Ahora bien: vuelvo a insistir. Los dos fenómenos, el puritano y el hispánico, son simples manifestaciones epidérmicas de una honda crisis ontológica que supone necesariamente la existencia de una anterior unidad. Unidad que en el caso de América nos viene dada por su idea ejemplar, siempre idéntica a sí misma. La idea real que ahora tenemos, con ser negación de aquélla, puede abocar providencialmente a su futura encarnación.

Nos queda al final de nuestra jornada ese otro elemento cultural ambivalente, la realidad indígena y la órbita, no menos importante, del mundo negro. Estos dos hechos culturales no incluyen propiamente una determinada concepción del mundo y de la vida. Se interfieren entre los dos fenómenos anteriormente reseñados coloreándolos, influyendo decisivamente en el cuadro de posibilidades de la actual América.

(1) Ortega y Gasset: *Hegel y América*. Tomo VII de «El Espectador». *Revista de Occidente*.

(2) Alberto Zum Felde: *El problema de la cultura americana*. Buenos Aires, 1943.

No hemos profundizado en la génesis individual de cada uno de estos elementos. A falta de ello daremos un cuadro histórico de conjunto donde podamos contemplar sus vicisitudes, interferencias y colisiones.

Siguiendo la teoría orteguiana de la crisis, podemos afirmar que el problema de América se reduce a una gran crisis histórica en sus manifestaciones ontológicas por cuanto atañe a la contextura de su ser íntimo. La crisis aparece cuando se rompe aquella última plataforma que sustentaba y daba sentido a todo lo edificado sobre ella.

Antes del descubrimiento estaba ya ésta planteada. América era todo menos una unidad.

La conquista española, con su capacidad de integración, iba a hacer posible la unidad americana. Empieza a crearse una plataforma de convivencia. Se inicia un lento, pero seguro, proceso de mestizaje.

El siglo XVIII va a romper este proceso. Se olvida este afán unitivo e integrador. En 1763 por la paz de París, que pone fin a la guerra de los siete años, Inglaterra triunfa definitivamente en el Norte. Con este triunfo simple, de una realidad más honda, surge avasallador el fenómeno puritano. Francia, con su catolicismo misional, romano, es derrotada. El sueño de una perfecta y fundamental convivencia se hace imposible, al menos, por muchos lustros.

Hoy por hoy, diríase que América está condenada a oscilar entre términos irreducibles. Como España, Hispanoamérica tiene hoy también planteado el problema de reducir a proyecto histórico dos posiciones antagónicas: el liberalismo antitradicional y el tradicionalismo antiprogresista. Esta disyunción, motivo permanente de su historia—compárese la política austríaca con la borbónica—, podemos encarnarla en un símbolo humano: la pugna entre Sarmiento y Bello en el plano de lo intelectual y entre aquél y Rosas en el plano propiamente político. En la actualidad, la polémica entre los hispanistas a ultranza y los indigenistas sectarios obedece a la misma cortedad de visión.

RESUMEN.

Planteado el problema, sólo cabe afirmar—y en esto están todos acordes—que América es el país del porvenir. Ese porvenir enigmático lleva aparejada la solución de las crisis. Mas para que América pueda decir su palabra al mundo deberá no rechazar la ayuda ni el esfuerzo de esta vieja Europa, sólo aparentemente vieja.

José M.^a González-Estéfani.
Cáñamo, 12. Chamartín de la Rosa.
MADRID.